

se convierta; de ahí que aquella solicite del Estado ayuda y cooperación no para beneficio de justicia, si para beneficio de caridad, para que el delincuente se enmiende y que se preserve el que todavía no ha corrompido sus vías.

M. D. M

Cartas de París

(Especial para Eco de Oriente.)

De las dos últimas que nos han llegado, hacemos los extractos siguientes, ya que una y otra se refieren al mismo tema: LA PAZ RELIGIOSA INTERNA

«Es un hecho, el barniz de incredulidad y ateísmo que con arte y maña nos puso la mano alemana, ésta, la razón por qué varios nos odian y, dicho sea con verdad, no pocos nos quieren y nos ensalzan.

La verdad sin embargo, ha de abrirse camino y por nuestra parte queremos ayudar en tan noble obra aun cuando tengamos seguridad de que, conocido el espíritu francés tal y como es, no por eso se aplacarán los odios, si se enfriarán muchos entusiasmos. Así y todo, sabemos que el papel de la nación francesa en el mundo, teniendo como factor esencial la vida cristiana de sus hijos, no puede ser impedido por muecas envidiosas ni aumentado por aplausos..... injustificados.

Hechas estas advertencias, llamamos la atención de nuestros lectores sobre el último acto episcopal del Ilmo. y Rmo. Sr. Gauthier cuya muerte reciente lloramos todavía.

Como el Supmo Pontífice agregara a su diócesis, (hecho significativo), las ciudades alsacianas conquistadas a los alemanes y restituidas a la madre Patria, el Arzobispo de Besançon hizo en aquellas su primera y últi-



Automóviles franceses atravesando los Alpes

ma visita pastoral. El ceremonial adoptado por la autoridad civil y la militar en los distintos actos de la citada visita, fué el del CONCORDATO.

En la diócesis de Nevers, el Prefecto, (lo que es aquí un gobernador), se hallaba al lado del Obispo y junto a él presenció las oraciones con que se dió principio a la fiesta franco-americana.

En el mediodía, en una reunión popular que presidieron todas las altas autoridades civiles y eclesiásticas, es el Obispo a quien unánimes designaron aquellos para, en su nombre, dar lectura oficial de la constitución nacional que reglamenta la obra de los «huerfanos de la guerra».

¿Habrá quienes digan: ¿No es más?

No, no es más, por ahora; pero acordáos: aquellos quienes hoy día buscan la sombra de la púrpura son aquellos mismos quienes, hace cuatro

años, la sacaron a la calle despojándola de sus palacios; y si hoy han cambiado o hacen ademán como de voltear, es porque la sangre francesa que hierve en sus venas así se lo exige, ya que coacción no ha habido ninguna, a no ser que se reconozca que la voluntad del pueblo francés, claramente manifestada, la tengan como razón suficiente para obrar semejante milagro, y entonces, queda probado lo que se aseguraba a los católicos neutrales enemigos, que el pueblo francés es sincera y hondamente religioso.

Francia anda hacia la paz religiosa con paso firme y seguro así como marcha hacia la paz militar y mundial.

En todos los círculos oficiales, mucho se habla en estos días de reanudar la conversación con Roma. Es preciso dicen todos pero, ¿cómo?

En los mismos países que nos

humilde y de más íntimo, en sus gracias sin fiebre, en sus dones modestos, en lo que apenas es una caricia que nos envuelve y nos anima, en lo que sólo es un perfume que nos alienta sin embriagarnos, en las miradas juveniles que pasan, en la cordialidad que nos rodea, en el canto de los pájaros, en la sombra de los bosques, en los reflejos del agua.

Para oírlos hablar, hago que los lugareños que me rodean me refieran sus impresiones del principio de la guerra, de la invasión alemana, del incendio de sus casas, de la tragedia local de 1914, en fin. Y como todos tienen algún recuerdo personal, todos quieren hablar a la vez. Pero hay tal cortesía en la buena gente, que nadie se atreve a cortar la palabra al vecino, nadie grita, nadie gesticula.

Aquí todo era alemán antes de la guerra, dice una muchacha rubia. censuran, hay individuos quienes, esa

FOLLETIN DE «ECO DE ORIENTE»

La dulzura de vivir

Crónica de la guerra por Gómez Carrillo

De El Nuevo Tiempo

«Cuando hace días, en Madrid, mi ilustre amigo el doctor Ortega, me aconsejaba como lugar de descanso una aldea francesa, yo le pregunté:

—No es lo mismo una de otro país?

—Sí, contestóme al principio, si.... Aquí en España tienes climas y paisanos incomparables... Pero las aldeas de Francia poseen un secreto que no se encuentra en ningún otro país.... Es lo que se llama «la douceur de vivre»....

Yo pensaba en estas palabras de mi sabio mentor al emprender mi actual peregrinación hacia las tierras reconquistadas, hacia los campos de ruinas, de tumbas y de duelos.... Yo pensaba, con ironía, con amargura, en lo que puede ser «douceur» en estas regiones, ayer asoladas por la metralla, hoy convertidas en vastos campamentos, en vastos hospitales....

Y hé aquí que de pronto gracias a una propicia «panne» de automóvil que nos obliga a pasar el día entero en Creil, a orillas del Oise, la ironía desaparece, y en mi alma una voz misteriosa murmura: «Douceur de vivre».... ¿no la sientes?....

Hay en el aire, en el cielo, en los árboles, en el río, en las flores, en la sonrisa de la gente que me rodea, una suavidad ligera y activa, clara y armoniosa, que hace amar la vida en lo que tiene de más